

CAEI

Centro Argentino
de Estudios
Internacionales

El conflicto árabe-israelí: entre el racismo cultural y la globalización neoliberal

por Javier García Garriga

Working paper # 18
Programa Medio Oriente



El conflicto árabe-israelí: entre el racismo cultural y la globalización neoliberal

By Javier García Garriga

Así como el “breve siglo XX” representa el estallido de la nacionalidad, la culminación violenta del proyecto de la modernidad con todas sus contradicciones, el siglo XXI es testigo de una sociedad global intensamente comunicada que recoge los frutos fragmentados de ese proyecto, expresados en el resurgir de la etnicidad, de una identificación emocional que no responde necesariamente al patriotismo: el capitalismo mundializado tiene su contraparte en las demandas legítimas de autodeterminación de los pueblos que se le resisten, pueblos ubicados en la periferia del sistema-mundo que a su vez representan puntos estratégicos claves para los intereses de las grandes potencias.

Naturalmente, en cada región del mundo globalizado, esta dialéctica conflictiva se manifiesta en la forma y en el contenido que emergen de su propia historia, siempre cambiante e interpretable, penetrada por la injerencia de intereses contrapuestos que modifican la percepción, no sólo del conflicto concreto y de sus causas, también de la mejor solución al alcance.

El caso del conflicto árabe-israelí es representativo, además de serlo de las motivaciones geopolíticas tradicionales de las que hablaremos en breve, de un racismo cultural, ni mucho menos “latente”, que acompaña buena parte de los conflictos violentos que tienen lugar en nuestro mundo, y que pasa por asignar al “otro” una caracterización de ser inferior: la enmienda aprobada el pasado mes de octubre por el gobierno israelí a la Ley de Ciudadanía, que obligará jurar lealtad a Israel como “Estado judío y democrático” a quien le solicite la ciudadanía, está dirigida, en la práctica, sólo a los no judíos. Lo nuevo del caso (puesto que, ciertamente, la discriminación de los no judíos ha sido una constante ya desde la Declaración de Independencia y las Leyes Fundamentales, que operan a modo de Constitución israelí), consiste en esgrimir contra el pueblo árabe la vieja-nueva arma de la “lealtad”, traducida hoy en las “garantías cognitivas” que todo ciudadano debe mostrar a ojos de su estado soberano: de lo contrario el derecho penal del enemigo, es decir, el derecho penal aplicado al “otro”, puede actuar contra él con todo su poder sin necesidad de responder ante el propio orden jurídico normal. En este orden de cosas, la convivencia en “un Estado para dos pueblo” es cuanto menos un sarcasmo perverso, puesto una “democracia” consagrada al servicio de la judeidad excluye, de hecho y de derecho, a los árabes palestinos del propio Estado que los absorbe.

Tampoco parece oportuna (amén de ser ilegítima desde el punto de vista histórico y moral) la apuesta por “dos Estados para dos pueblos”, dada la expropiación y violación constante que sufren los palestinos por parte del ocupante Israel, que impide que las autoridades palestinas puedan siquiera proporcionar servicios básicos a su pueblo. Pero es que, además, el contexto neoliberal se caracteriza por reservar propiedades y activos del Estado a una elite económica, con lo cual, en realidad, toda sociedad, también la israelí, se encuentra fuertemente polarizada: entre judíos y no judíos, son los trabajadores indistintamente quienes no gozan de un derecho laboral que garantice prestaciones sociales: «el Israel “judío” sirve de hecho tan sólo a una minoría opulenta, a un puñado de familias que recibieron propiedades y activos del Estado y los usan en su propio beneficio sin



obligación social ni responsabilidad pública» . Así, para poder decir que estamos ante un Estado “democrático” no haría falta recurrir a distinciones racistas: judíos o no judíos, todos los trabajadores indistintamente deberían ser partícipes de una distribución igual y justa de los recursos.

Pero no todo es (únicamente) una cuestión de recursos: ni siquiera la aproximación marxista más ortodoxa puede obviar hoy la importancia de las luchas por la liberación nacional, que van un tanto más allá del desarrollo de las fuerzas productivas. Cada grupo étnico tiene su marco normativo de valores y normas , y sin comprender éstas, no puede existir el diálogo: la etnicidad contemporánea se plantea la “lealtad” en términos no nacionales, sino grupales, y ello implica la posibilidad de una teoría democrática no liberal, lo cual a su vez tiene que ver, en concreto, con el rechazo palestino a una solución del conflicto que pase meramente por la construcción de un nuevo estado. El pueblo palestino no se planteaba el tema de la representación política hasta la ocupación cruenta del fabricado estado de Israel: más bien se exige el reconocimiento del pueblo a la autodeterminación y se condenan las flagrantes violaciones de los Derechos Humanos.

Por su parte, la segunda Conferencia sobre Racismo celebrada en Durban en 2009, estuvo marcada por el rechazo a reconocer la limpieza étnica que está siendo llevada a cabo por las autoridades israelíes. Ese rechazo, como cabría esperar, lo protagonizaron quienes en el pasado han actuado como colonizadores o han sacado rédito del colonialismo. Las grandes potencias (incluida Israel) eludieron en Durban hablar de racismo, xenofobia y exclusión, al tiempo que presionaron a la Autoridad Palestina para que no se pronunciara al respecto. Y sin embargo, la libertad de expresión occidental no se muerde la lengua al pronunciar hasta la saciedad el término “terrorismo islámico”, como si todos los musulmanes hubieran de ser sospechosos de incurrir en la barbarie terrorista, mientras que nunca se ha oído la expresión “terrorismo católico” o “terrorismo protestante” para los conflictos en Irlanda del Norte: el racismo, como la (in)tolerancia multicultural, cae siempre del lado de “los otros”.

La construcción del muro Israel-Palestina fue financiada por el Banco Mundial, institución internacional que, pese a la orden de 2004 de la Corte Internacional de Justicia de echarlo abajo, evitó cualquier discusión sobre la ilegalidad de la muralla atendiendo exclusivamente a su particular visión del “desarrollo económico”: es decir, se trataba de preparar el terreno para la «construcción masiva de zonas industriales controladas por la ocupación israelita y financiadas por el mismo Banco Mundial... base para un desarrollo económico orientado a la exportación. Los palestinos encarcelados por el muro y desposeídos de su tierra podrían ponerse a trabajar por salarios bajos» . Así es como el racismo y la eficiencia económica llegan de la mano a su punto álgido, en la construcción de un muro que sobrepasa con creces las medidas del Muro de Berlín.

Mientras tanto, el derecho internacional cede una vez más a la poderosa presión de los intereses político-económicos que deciden el rumbo de las democracias contemporáneas: la sabotada resolución 1860 de Naciones Unidas cobraba un nuevo impulso cuando, el pasado verano, la “flotilla de la libertad” se dispuso a romper el bloqueo , sin embargo la propaganda israelí distrajo la atención del derecho internacional (y de los medios) llevando a discusión el carácter presuntamente violento



de los pasajeros del Mavi Marmara, a quienes se quería identificar como terroristas. No obstante, el verdadero objetivo de Israel –continúa Meysan- era “destruir la credibilidad de Turquía”, quien se acercaba “peligrosamente” a las posturas de Siria e Irán. Su presunción fue que Estados Unidos, como hasta ahora, no haría más que respaldar sus decisiones, fueran éstas las que fueran. El problema no contemplado por Netanyahu era que, como miembro de la OTAN, Turquía podía exigir que la organización respondiera al ataque de uno de sus miembros, puesto que el asalto a la flotilla se produjo ni más ni menos que en aguas turcas. Y ahí cayeron las expectativas de Israel: Estados Unidos hubo de imaginar una solución amigable al conflicto, y los israelíes se vieron obligados a liberar a los prisioneros.

A pesar de este hecho, el lobby pro-israelí en los Estados Unidos (por ejemplo, AIPAC, véase el documental “Occupation 101”) mantiene desinformada a la opinión pública y consigue anualmente un suma de dinero desorbitada en concepto de ayuda destinada al desarrollo de Israel. Varios analistas sugieren (entre ellos Richard Falk y Noam Chomsky) que, a la política de asegurar el acceso a las fuentes energéticas se suma la importancia geoestratégica de Israel. Por su parte, este Estado ha venido presionando para ser admitido en la OTAN, y el Departamento de Estado estadounidense se ha posicionado a favor desde el principio. La voluntad de Estados Unidos a este respecto no es sólo el control efectivo de las fronteras israelíes con Gaza y Cisjordania, sino una nueva extensión de la organización atlántica más allá de suelo europeo para situarse en posiciones ofensivas cercanas a Irán, pero también Rusia y China. Una vez más, la consideración geopolítica mueve sus fichas en el Medio Oriente ampliado, que abarca desde los balcanes a Pakistán.

A su modo, la ONU y el Tribunal Penal Internacional se empeñan en dirimir conflictos internacionales. Sin embargo, una OTAN global emerge en el horizonte confirmando la voluntad de eliminar cualquier tentativa de plantear las cosas en un foro multipolar: Israel se ha tomado la libertad de exigir a la ONU que finalice las investigaciones “sesgadas” sobre el bombardeo de Gaza, alegando que la Operación Plomo Fundido no fue más que “una respuesta a años de ataques de los terroristas de Hamás” .

La invocación al terrorismo del “otro” ha sido una pieza recurrente del engranaje de la lucha por el poder global. En plena crisis financiera, hoy se disputa la permanencia cruenta del sistema capitalista y su vástago indisimulado, el neoliberalismo. El papel de Israel en el nuevo escenario mundial tiene que ver no sólo con su ubicación estratégica, no sólo con sus recursos ni con la fuerza del movimiento sionista; es protagonista del nuevo orden mundial, principalmente, por ser, hoy, el aliado fundamental de la única superpotencia. La necesidad de mantener su hegemonía y el proyecto neoliberal que la legitima y sustenta, convierten a Israel en su verdugo más descarado y al pueblo palestino en “el otro” que debe ser eliminado.

Pero la hegemonía trae consigo la emergencia de la contrahegemonía. Así, en los últimos años el Tribunal Russel sobre Palestina, creado por un gran número de ciudadanos y ciudadanas comprometidas con el fomento de la paz y la justicia en el Oriente Medio, ha fomentado la creación de comités en diversos países para dar apoyo a una iniciativa ciudadana a favor de los derechos del



pueblo palestino, sirviéndose del derecho internacional público como marco de referencia. La solución y los argumentos contra el racismo cultural y la globalización neoliberal proliferan, pero sin la pedagogía necesaria, sin la participación efectiva de las poblaciones, ninguna teoría podrá traer el cambio. Porque, en efecto, la justicia y la paz, se construyen desde abajo o de lo contrario, toman la imagen obscena de una pax romana, o británica, o americana.

